



EN PALACIO DE LAS TULLERIAS.

En el sitio que ocupa este palacio habia hace cuatrocientos años una fábrica de tejas, *tuiles* en francés, y de aquí procede el nombre de Tullerías. En 1548 Francisco I compró una casa que habia allí, y se la regaló á su madre Luisa de Saboya para que fijara en ella su residencia, porque creía que le era perjudicial el aire del palacio de Tourneffe. En 1523 la princesa se lo regaló á Juan Tivolin, que le vendió á Catalina de Médici, esposa de Enrique II. Esta reina le engrandeció mucho; sus dos arquitectos, Delorme y Bullant, hicieron el pabellon de en medio, los de las dos alas contiguas, y otros dos cuerpos de edificio; pero el palacio no llegó á ser verdaderamente régio hasta el tiempo de Enrique IV. Su arquitecto Dureracón le terminó por los dos grandes pabellones de Flora y de Marsau. También mandó este rey empezar la larga galeria que unió el Louvre con este palacio; y suspendidos los trabajos á causa de su muerte, concluyeron en tiempo de Luis XIII. Al advenimiento de Luis XIV se dió orden á Sévres y Orbay para que corrigieran los defectos mas notables de las fachadas, y lo pusieran todo en armonía, y desde entonces hasta Napoleon ha habido pocas adiciones notables, á pesar de los cambios de gobierno ocurridos desde 1789 á 1800. En 1808 el emperador mandó que se construyera la galeria septentrional, que corre por la calle de Rivoli, y que debe unirse al Louvre. Después de la revolución de 1850, Luis Felipe hizo mejoras considerables. Mandó construir una nueva escalera, y con este motivo hubo que avanzar la fachada de en medio al jardín. También se practicó en este una separación por medio de una reja, dejando solo para la familia real una parte contigua al edificio, bajo cuyas ventanas pasaba antes la gente. Esta parte es el encantador *parterre* que agrada á los que le ven. Ahora se continúa la obra proyectada por Napoleon I.

ración por medio de una reja, dejando solo para la familia real una parte contigua al edificio, bajo cuyas ventanas pasaba antes la gente. Esta parte es el encantador *parterre* que agrada á los que le ven. Ahora se continúa la obra proyectada por Napoleon I.

A las habitaciones públicas del rey, situadas en el primer piso, se entra por el pabellon del reloj ó por el de Flora; la entrada á las habitaciones privadas, que se hallan situadas en el patio de en medio, es por el pabellon de Flora: con estas habitaciones comunican las que ocupan las señoras. Al Norte, en la calle de Rivoli, está el pabellon Marsau; y saliendo del pabellon de Flora se encuentra la sala de bailes, después la del trono, la del consejo y la de los mariscales. Esta última tiene un *balcon* al jardín y otro al patio; en ella se ven los retratos de cuerpo entero de los mariscales vivos, y los bustos de la mayor parte de los generales que se han distinguido en la guerra.

El jardín de las Tullerías, que ocupa unas treinta y cinco hectáreas, y que en tiempo de Luis XIII estaba separado del palacio por una calle, se debe al plan de Lemestre, arquitecto de Luis XIV. Presenta grandes calles paralelas, con filas de árboles cortados, unos formando caprichosas figuras, y creciendo otros á toda su altura, adornado con bonitos saltos de agua. Allí se ven varias estúbias, salidas del cincel de los primeros artistas. Entre otras se distinguen un *Plinias* de Pradier, un *Spartaco* de Jovattier, un *Pericles* de Debay, un *Temístocles* de Lemaire.

El patio del palacio está cerrado por una reja de hierro, que se apoya sobre un muro de sostenimiento, y el centro presenta un arco de triunfo, que dá á la plaza de Carroussel, erigido en 1806 por el emperador á semejanza del de Septimio Severo en Roma, con caballos corintios, semejantes á los de la plaza de San Marcos en Venecia. Este



En la misma calle de Luzón, y frente á la casa del propio apellido, existe todavía otra casa que según Quintana fué del regidor Velazquez de la Canal, ven que solia vivir el conde de Aragón, y recayó después en los marqueses de Vilatoysa. También fué de la misma familia de la Canal, y de la de Cabrera y Bobadilla, de los condes de Chinchón, y luego del marqués de Tolosa, el descomulgado é inmenso casaron de la manzana 456, que dá á las calles de San Nicolás, y del Factor, y sirvió en nuestros días de cuartel de veteranos.

Entre dicha calle de San Nicolás y la de Luzón, y á los accesos del antiguo convento de *Constantinopla*, se formaban unos recados y callejuelas estrambóticas, propiamente apellidadas *del Biombo*, que se han regularizado en parte con el derribo de dicho convento, en cuyo solar, además de las casas construidas recientemente, se han abierto las calles tituladas de *Calderon de la Barca* y de *Juan de Herrera*.—La manzana 426 la ocupa la antiquísima y mezquina parroquia de *San Nicolás*, á que en el día está incorporada también la feligresía de la demolida de San Salvador. En esta iglesia fué bautizado el famoso poeta y guerrero *D. Alonso de Ercilla y Zúñiga*, y en su bóveda estuvo sepultado el celebre arquitecto del Escorial *Juan de Herrera*.—Por último, entré dichas calles del Factor y el Arco y Pretil de Palacio, por la parte alta, se formaban las manzanas 457, 58 y 59, en que estaban las casas ó palacios apellidados de *Receque* ó de *Esquilche*, de que ya hicimos mención en otro artículo, y las de *Noblejas*, que no existen ya.—De la 440 ya hablamos por la parte que dá á las plazuelas de los Concejos y Santa María y casas de los duques de *Pastorana*, hoy del colegio de Leganés, y de la *Cueva*, hoy del duque de Abrantes. La que hace esquina á la calle del Factor y antigua del Viento, fué del mayorazgo de los *Riveras*, y creemos que hoy pertenece al conde de Gilyentes. La manzana 441 es la iglesia parroquial de Santa María; y la 442, con frentes á la plazuela de la Armeria y á la calle de los Autores, la forman dos únicas casas, antiguas y notables, la del número 1 antiguo y 5 moderno, perteneciente al señor conde de Bornos y Morillo, y propia de la antiquísima familia y mayorazgo de *Ramírez de Madrid*, y la contigua, que aun hoy posee el sucesor en los apellidos *Mudarra y Herrera*, y fué perteneciente á la otra casa de los *Herrerías* de la parroquia de Santa María, que tienen capilla propia apellidada de los *Mudarras* en la misma parroquia.

Por la parte baja de dicho Pretil de Palacio y plazuela de San Gil, y próximamente al sitio por donde ahora corre la calle de *Requesena*, lo hacia anteriormente la llamada *del Tesoro*, siguiendo la direccion de la antigua muralla desde el ángulo del Alcázar hasta la puerta de *Balnadu*, quedando á la parte fuera la huerta *de la Prieta*, que ocupaba casi todo el espacio que hoy los paseos y jardines de la plaza de Oriente; los caños y lavaderos del *Peral*, y la cava ó foso del Alcázar.—Esta puerta de *Balnadu*, como hemos dicho, interrumpió por última vez los lienzos de la muralla, y era igualmente del tiempo de los árabes, fuerte, estrecha y con revueltas, miraba al Norte, dando frente á la Cuesta de Santo Domingo, y debió desaparecer cuando la muralla y ampliacion de Madrid por aquel lado, hacia los siglos XIII ó XIV, aunque según una nota del señor Ceán fué derribada en 1787, en cuya fecha creemos haya una errata de imprenta. Sobre la etimología del nombre de dicha puerta tambien han entabiado las obligadas controversias los analistas madrileños, suponiéndole los mas imperterritivos defensores del origen romano, derivado de las dos palabras latinas *balnea duo*, que indica claramente que por allí se salía á los baños; y los del origen árabe, ó de las palabras de este idioma *bal-al-qader*, que traducen puertas de las *Atalayas*, del *Diablo* ó de la *frontera del castigo*.

Tal era el recinto interior del Madrid que podemos llamar primitivo, y dentro del cual hemos visto que no queda ya una sola piedra sobre piedra, ni diremos de la época fabulosa de la pretendida *Máquina griega*, *Ursaria* y *Majurilum* de los romanos y los godos; pero ni aun del mismo *Magerit* de los musulmanes. Alcázares, castillos, mezquitas, baños, palacios, casas y calles, hasta la misma fortísima muralla que encerraba y defendía todos aquellos objetos, y fué conquistada á fuerza de armas á fines del siglo XI por las huestes vencedoras del monarca castellano D. Alonso el VI, absolutamente todo, desapareció con el transcurso de casi ocho centurias, sin dejar más que los nombres de algunos sitios, edificios y puertas, que recuerdan la larga dominación de los sectarios de la media luna.—Aun las construcciones que sucedieron á aquellas ruinas en los siglos inmediatos á la conquista, cedieron tambien á la segur del tiempo, y ya hemos señalado los rarísimos edificios que todavía se conservan anteriores al siglo XV. Baste decir que de las diez iglesias parroquiales intramuros, que cita Gonzalo Fernandez de Oviedo, á principios del siglo XVI (1), y de que se hace ya referencia en el fuero de Madrid,

concedido por el rey D. Alfonso el VII á mediados del XII, sólo existen ya con edificio antiguo, aunque considerablemente renovado, las de San Pedro de Santa María, San Pedro, San Andrés y San Nicolás. Las de San Justo y San Justo tienen templos modernos, y las de San Miguel, la de San Juan, San Gil y San Salvador perdieron sus templos, y hasta su parroquialidad.—En cuanto á las tres de San Martín, San Gil y Santa Cruz, fundadas en el arrabal extramuros, y de este mismo arrabal, que fué formándose después de la conquista hasta constituir una nueva y mas importante población que la primitiva, nos ocuparemos en los artículos siguientes.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## YO, ELLA, NOSOTROS.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

YO.

¿No te ha ocurrido nunca, lector amigo, salir á la calle y no saber qué hacer ni adónde ir?...

¿No te ha ocurrido observar las mugeres que pasaban, para notar cuál era bonita y cuál fea?...

¿No te ha ocurrido ver alguna que te haya dejado una impresion agradable?...

¿No te ha ocurrido desear saber quién era la que así te habia impresionado?...

¿Y no te ha ocurrido, finalmente, poner de tu parte cuantos medios han estado á tu alcance para lograrlo?...

Pues si alguna vez te ha sucedido, comprenderás cuán fácil es que á mí me haya tambien pasado.

Yo, héroe de mi narracion, soy muy enamorado y he tenido varios de esos días; pero uno sobre todo me ha dejado una impresion que no se borrará nunca de mi memoria.

Paseaba yo á las once de la mañana por la carretera de San Gerónimo; era domingo, y me iba entreteniendo en ver pasar mugeres, cuando llegó una; su aspecto me llamó la atencion; llevaba el velo echado, y juzgué que debía ser bonita; la seguí, entró en misa, se alzó el velo: era preciosa; no te haré su retrato, porque enamorado como estoy, siempre habria de pintártela sin defecto; bástate saber que es rubia, que tiene hermosos ojos y talle encantador; la estuve contemplando, y á medida que la veia, mas me agradaba; me encantó al principio, después me sedujo, me hechizó, me fascinó.

¿Quién era?... ¿Cómo se llamaba?... ¿Por qué venia sola á la iglesia?... Tales eran las preguntas que yo me hacia, sin poderme contestar mas que pacientemente; efectivamente, salió el cura á decir misa y yo empecé á irle, proponiéndome en cuanto se acabara seguirla y saber dónde vivia.

Se acabó la misa; se levantó, salió, y fui detrás de ella; pero el público me detuvo; salí á la calle precipitado, fuera de mí, miré de todos lados y... nada; habia desaparecido. Píntale el efecto que me produjo esta triste escena seria inútil; yo, que tantos sueños me habia forjado en un minuto; yo, que me veia correspondido, amado, adorado, me resigné tristemente á no saber ni quien era, ni cómo se llamaba, ni en dónde vivia. Esperé otra ocasion, y vine á un caso; me puse á leer, cada letra me la retrataba; las redondas me hacian ver sus ojos, las largas en lafe esbelta, las delgadas lo elegante de su aspecto; dejé un libro y tomé otro; pero todos tienen letras, y todos me la representaban; pasó del D. Quijote á Werther; de ese á Mürger, del cantor de la Bohème á Beranger; del amante del Lisette á Balzac, etc., etc., hasta que me cayó en las manos el más precioso, el mas melódico de mis libros, el único que me descubrió el porvenir; el que me dice lo que ha sido, lo que es y lo que será cada día; tropicé, digo, con mi alma; que te tengo abierto en el mes en que vivo; así que, al contemplarle di un grito de alegría; acababa de ver que el marqués estaba señalado con una mano negra, lo cual queria decir día de misa... y volví de nuevo á mis ensueños.

Tenia ya la certidumbre de que aquella muger no podia faltar á misa de once, porque yo iba á ir; que entonces la veria, la hablaria, la declararia mi amor, y pasaria unos días tan felices como los de los amantes de mis libros.

Tengo que advertirte que nunca he amado, y que por consiguiente era para mí esa nueva; así que, aun me pincha yo el amor más que

(1) «Las diez iglesias parroquiales dentro de los límites de Madrid, á tres en el arrabal, que son iglesias. Santa María de la Almudena, San Juan, Santiago, San Gil, Santa María de Segura, y está en una pequeña iglesia y está dentro de la muralla y cerca del Alcázar. Hay otra que se dice San Miguel Oteros, San Nicolás

«San Salvador, San Justo, San Pedro, el San Andrés, al que algunos llaman «San Esteban, por un cuerpo anejo, que allí dicen que hay, y hace muchos siglos que está, que no está canonizado. Las iglesias del arrabal son: Santa Cruz, San Gil, y San Martín.» (Quintana.)

liso que lo es en realidad; veía á mi bella desconocida sonriéndome de amor, jugar con mi cabelló, jurarme mucha, mucha constancia, darme pelo suyo, flores hechas con sus divinos lábios, cartas por el balcón sin permiso de la mamá, en las que me llamaris su vida, su idolo, su sueño de oro y todas las frases que me había enseñado Alfonso Karr; me veía á sus pies abrazándola, sorprendido por su madre, en la precision de pedir su mano; qué la suegra me la concedía; que me casaba, y al año tenía un puerfrito que sería la mitad de su alma confundida con la mitad de la mía.

Todo esto y mucho mas que no te cito, porque lo habrás leído en los novelistas modernos, me ocupó la imaginación durante el domingo y el lunes; llegó el martes, ¡oh gran día! feliz como ninguno, en el cual empecé por llamar estólidos é ineptos á los que le han llamado asígo.

Me vestí temprano, y á las nueve ya estaba yo en la Carrera de San Gerónimo: se me ligaba que el reloj del Buen Suceso atrasaba, que los cuartos de hora los daba con lentitud, que el mio padecía de la misma enfermedad: dieron las diez, y me empecé el corazón á palpitár; dentro de una hora iba á ver á la que había sido mi único pensamiento un día y una noche y otro día y otra noche; con la que había soñado, á la que había visto aun mas hermosa en sueños que en realidad.

Me deshacía en inquietud porque no daba la media; sacaba mi reloj creyendo que iba ya á fallar poco, y había andado dos ó tres minutos.

Hubiera querido en aquel momento haber sido el tiempo para haber arreado á los caballos del sol y haber adelantado una hora el cuadrante de la vida; hubiera querido ser el monaguillo del Buen Suceso para haber tocado á misa de once; por fin dió el reloj los tres cuartos, y el monaguillo el primer toque; entonces el corazón se me saltaba del pecho; dieron el segundo, y empezaron á venir los ángeles, y ella no venía; empecé á creer que había hecho castillos en el air, que no la iba á volver á ver; y vi cruzar ante mi mente el canal, mis pistolas, la cuerda de tender la ropa, los filósofos de Cascania. Diéron el tercero... nada... nada... ella no venía... pero ahí qué vea!... ella, ella! mas hermosa, mas bella! parecia que mi sueño la había dado todo lo que á mi imaginación! qué bonita estaba! Entró; entró; oyo misa; ta ul; salió; salió; la vi irse, entrar en la calle de la Victoria, meterse en el número 3, y palpité mi corazón énico, como palpitara el de Colón al ver tierra; como el de Arquimedes al descubrir el peso de los sólidos en los líquidos; como el de Chactas al ver á Atala; como no ha palpitado corazón alguno. Con que vive en el número 3, me dije: eres feliz; sabes donde mora tu bella desconocida.

Vine cien y cien veces, y una sola la vi: ¡qué bonita!... Se disponía sin duda á salir porque estaba con manillas puestas; me esperé; pero llegó la proslixa hora de comer, y tuve que abandonar á la amada de mi corazón por ir á casa del paternal y antipático garbanzo.

Estuve yendo toda la semana; la vi varias veces, y no hacia alio en mí: yo entonces me determiné á esperar á la criada, al criado, al aguador, á su madre, á su madre no, pero á cualquiera, y me vine á escribir una epistola de declaracion.

Era sábado, y por consiguiente al otro día domingo: así que, me sería muy fácil dársele al ir á entrar en misa ó en su casa; en ella le pitaría el fuego que me devoraba, todo lo que había sentido; cómo me había impresionado; los juramentos mudos que había hecho de amarla eternamente; me decidí pues á escribir.

Busqué papel fino para que este mensaje empezara á dar una buena idea de mi persona; deseché uno con orla de Cupidos; no quise otro con festones dorados; por fin me fijé en uno muy blanco, muy suave, muy terso, que tiene mis iniciales arriba; cogí una pluma, que probé cien y cien veces poniendo *Madrid* y rasguéando arriba y abajo, puse *lellala*, y empecé. Ahora los tormentos. ¿Cómo empezar? ¿por apostrofe?... ¿por admiracion?... ¿por interrogacion?... ¡lovoqué al Dios de los amantes y al de los retóricos, ni mas ni menos que D. Quijote á Dulcinea cuando iba á entrar en descomunal batalla, y me propuse hacer un borrador; pero no fué uno, fueron varios: he aquí los principios: lector, léelos, y verás cuántas ideas se agolpaban á mi enamorada fantasía.

«Señorita (decía el primero), ¿no habéis visto el pájaro herido por el águila, y el águila herida por el cazador?... pues así me ha herido de amor vuestra linda cara.

«¿No habéis visto cuánto simpaliza el arroyo con su florida ribera?... pues así ha simpalizado vuestro amor con mi corazón. ¿No os habéis visto cuánto dura la siempreviva?... pues así durará mi amor. Amadme, amadme, y me haréis feliz.

»ESTROFE DE S...

Me parecía muy prosaica, á pesar de que hablaba de pájaros, de arroyos y de flores, y recordé que las declaraciones de Amours en su así, que las de Stephen en la novela de A. Karr no eran de ese

género, y que Lamartine, el primer poeta de la Francia, no cita en sus obras declaraciones de esta especie; rasgué el primer borrador, é hice el siguiente:

«¡Ay señorita! cómo os amo, y no os he visto mas que dos veces! ¡pero no he necesitado mas para que mi corazón me lo diga palpitando; ¡conozco que si no me amais desfallézo; yo os haré feliz con un cariño sin límites, lleno de ternura y de dulzura; correspondedme, y será feliz vuestro apasionado amante

»ESTROFE DE S...

Esta me parecia mas en armonia con el siglo; no era ya el arroyo de las anacréonticas con pelo en empolvada, ni las águilas de los poetas inspirados por la revolución; era lo que yo necesitaba; la poesía moderna inspirada, como Zorrilla, como Arsene Houssaye, como el conde de Vigny, mezclado con algun tanto alemán; hago referencia al decir esto á la melancólica frase: *conozco que si no me amais desfallézo*; parecíame esta oracion un *Wergiss mein nicht* de orillas del Rhin; la copié en limpio, la guardé, soñé otra vez con mi desconocida, y el domingo al levantarme lei la carta; no era bastante melancólica; no tenía mas que la frase citada que fuera capaz de hacer impresion; no era bastante *poitrinaire*, como dicen algunos criticos modernos; en fin, me determiné á hacer otra, y esta fué la decisiva; la necesitaba yo triste como el canto de *Antonia de Hoffman*, como los poemas de *Millevoye*; que respirara mas dulzura que una *balada de Goethe* ó de *Umland*; que impresionara agradable, pero tristemente, como el *Jeremias de Beudeman*; que fuera pública como las páginas de *Arolas*, concisa como *Ticito*, y enérgica, pero suave, como un aforismo de *Henry Murger*.

Leí algunos trozos de mis autores favoritos para inspirarme, y escribí definitivamente la siguiente:

«Amadme, señorita, porque desfallézo de amor... vuestra mirada me ha penetrado en mi corazón, y he soñado; he sido feliz en estos sueños; no los rasguéis con una realidad horrible.

«¿Cuánto he pensado en vos desde que he tenido la dicha de veros, de admiraros, de amaros, de quereros, de adoraros! y hace días que no os veo; quisiera borrar de mi vida este tiempo porque estoy lejos de vos.

«Hacedme feliz con vuestra respuesta; decidme ese monoslabo amablicionado; será la palabra mas dulce que habré oído en mi vida, la cual consagrare á adoraros con mucho, mucho amor.

«Haced feliz á vuestro apasionado amante

»ESTROFE DE S...

Doblé convenientemente la carta y salí á la calle: eran las diez dadas; fui al Buen Suceso; estuve un rato á la puerta; dieron el primer toque; cada campanada me llegaba al corazón; entonces comprendí la poesía del bronce; entonces noté que el badajo debía estar enamorado porque hablaba; el *ta, ta, ta* de la campana me significaba *amor, amor, amor*; estuve por hacer una oda al badajo de la campana del Buen Suceso; pero llegó ELLA, lector, ELLA, mi desconocida, mi sueño que había de convertirse en realidad mas agradable que el sueño; mi fusión que no concebía yo fuera desengaño. ¡Ay lector! creí que al entrar me había mirado con ciertos sonrisas; pero y si no hubiera sido á mí, y si un rival... me cogió la cadera; miré; no había nadie; á un lado una vieja beata, al otro un ama de cría; me tranquilicé; había sido á mí; estuve acariciando la epistola todo el tiempo que duró la misa, forjándome sueños de oro. Dios me perdonará esta falta de devoción excusada por la admiracion á una obra suya. Yo la miraba y la remiraba, me complacía en su cara, en sus ojos que se alzaban lánguidos para mirarme.

Sacó el pañuelo, fijó en él mi atencion; tenía letras; me puse los lentes, miré, le estendí al ir á sonarse, y vi admirablemente su nombre... ¡Elena!... ay! *Elena* es mi vida! Bendito sea quien inventó el bendito, quien inventó los pañuelos y las navires; ya se me figuró el acto humano de sonarse el mas poético de todos: con que se llama *Elena*, y yo no lo sabía!... Ay! ahora lo sé... comprendí entonces que si la otra *Elena* había sido así, no era extraño el atrevido proceder de París y las lágrimas del abandonado Menelao. Con que *Elena!* cuán grata noticia! cuán agradable! cuán grande! Apenas si cabía en mi corazón.

Se acabó la misa, y no quise darle la carta; ya que sabía su nombre, era mas prueba de cariño poderle poner en la epistola; vería cuán grande no sería mi amor cuando había averiguado hasta su nombre...

(Continuará.)

A. BONNAT.

**GEOGRAFIA UNIVERSAL.**

**Introduccion.**

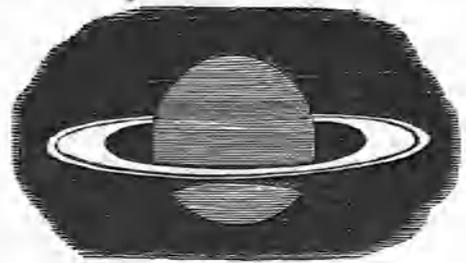
(Continuacion.)

*Mercurio* es el menos considerable de los planetas, exceptuando los cuatro pequeños llamados *Palas*, *Ceres*, *Juno* y *Vesta*. Su diámetro no es mas que de las dos quintas partes de la tierra. Dista del sol 15.500,000 leguas, calculándose que su calor es igual al de un hierro enrojado.

*Venus*, que le sigue, es ese brillante planeta llamado *Vespero*, ó tambien *lucero del alba*, porque aparece poco después de ponerse el sol ó un poco antes de levantarse. Tiene este planeta diferentes fases como la luna, pues aparece lleno ó creciente. Su distancia del sol es de 24.840,000 leguas. Su diámetro es poco mas ó menos como el de la tierra.

La *Tierra* dista del sol unos 54.000,000 de leguas; su diámetro es de 2,865.

*Saturno* dista del sol 528 000,000 de leguas, y es mil veces mayor que la tierra.

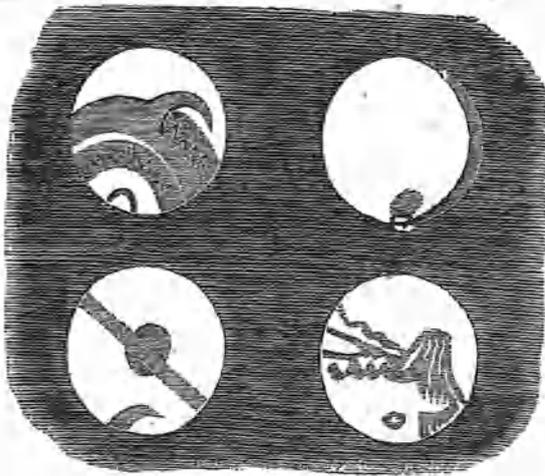


Saturno.

*Urano* ó *Herschel*, que á escepcion de *Neptuno* es el mas lejano de todos los planetas, dista del sol 660.000,000 de leguas.

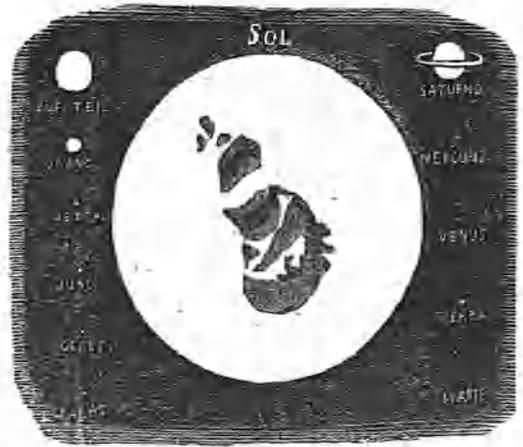
Para la comprension de este interesante estudio ayudarán mucho las láminas.

Se pueden ver las diversas figuras de estos planetas, tales cuales aparecen en el telescopio, y comparar en la siguiente lámina su magnitud respectiva. A la simple vista no se diferencia entre las estrellas.



Marte.

Marte dista 52.530,000 leguas del sol.



Magnitud de los planetas.

En su órbita, los planetas no se mueven con arreglo al mismo plan: ellos tienen, poco mas ó menos, sus ejes perpendiculares al plano de su órbita, pero diferentemente inclinados, lo cual produce la diferencia de sus estaciones, y los diversos espacios de sus dias y de sus noches.

Hé aqui un cuadro comparativo de estos planetas en sus distancias, etc., etc.

*Júpiter*, el mayor de los planetas, es 1,281 veces mas grande que la tierra; su distancia del sol asciende á 179.000,000.

NÓMINES.	Distancia media del sol en millones de leguas.	Tiempo en que anda en órbita en años y dias.	Tiempo en que giran sobre su eje en horas y minutos.	Inclinacion de la órbita sobre la ecliptica en grados y minutos.	Inclinacion del eje sobre la órbita en grados y minutos.	Diámetro de los planetas en leguas.
Mercurio.....	10	0 á 88 d.	24 h 5 m.	7° 0'	13° 0'	894
Venus.....	15	0 224 1/2	25 21	5 24	15 "	2.205
Tierra.....	27	0 268 1/4	25 36	" "	66 52	2.865
Marte.....	42	1 322	24 39	1 51	61 18	1.284
Vesta.....	63	3 240	" "	7 8	" "	80
Astrea.....	66	4 75 3/8	" "	5 19	" "	"
Juno.....	75	4 151	" "	15 4	" "	592
Ceres.....	76	4 221 1/2	" "	10 57	" "	464
Palas.....	77	4 221 3/4	" "	54 58	" "	708
Júpiter.....	143	11 515 1/5	9 55	1 19	86 48	26.500
Saturno.....	226	29 167	10 16	2 50	64 48	22.050
Urano.....	528	84 7 1/4	" "	0 46	" "	10.567
Neptuno.....	972	121 121 2/5	" "	4 8	" "	"

## POESIAS INÉDITAS DE LUIS HURTADO.

## El Hospital de necios,

HECHO POR UNO DELLOS QUE SANÓ POR MILAGRO.

(Continuacion.)

Un pensamiento humanitario y filantrópico ha dado origen á un pensamiento poético y moralizador: no ha podido escoger un raudal de agua más pura y cristalina. En 1545, el benedictino Fr. Juan de Medina había combatido la mendicidad por medio de su obra *Policia de los mendigos y ociosos*. En Toledo, Zamora, Salamanca y Valladolid, se establecieron hospicios. No fué un dignatario del Estado, un comisario régio, un ministro previsor el panegirista de las casas de reclosion para los pobres, desautorizando la yagabunda limosna de las calles; fué un monje español del siglo XVI que ha aplicado un epíteto gubernativo á una virtud cristiana publicando su segunda obra titulada *La caridad discreta*. Felipe III, según se lee en el argumento del *Hospital de necios*, había enviado «á las cibdades y provincias de sus reinos su provision para curar de los pobres y recoger en los hospitales los enfermos y llagados» y esta renovacion de las cédulas reales del Consejo en tiempo de Felipe II, proporciona á Luis Hurtado el pretexto, digámoslo así, de su invencion. Los necios no encuentran «casa ni hospital donde se acoger, y así con la mayor brevedad que «darse pudo, un hijo desta patria les hizo un hospital de pluma donde «se pudiesen recoger» para olvidarse el autor á las pocas líneas de que corria á su cargo la fábrica de este edificio imaginario, cuando dice que vio

en medio de un predejal  
una casa ó hospital  
donde imaginé que mora  
alguna gente bestial

En la conclusion de la fábula añade:

Vista tanta necedad  
en hospital sin abrigo,  
ál fiscal le dixé; amigo  
sacádme por caridad  
no me vea algun testigo.

Este hospital no era obra de Luis Hurtado: no podía ser—la alegoría era insostenible porque el hospital de necios es el mundo. Por de pronto, aunque hubiese fabricado este asilo no sería de pluma—metáfora gongórica que equivale á decir, un libro—sino de piedra sillar.

El ingenio, enfermo y dolorido de amor, comienza á caminar por un pegujar desconocido, y un nubado lo lleva á las riberas de amar, donde la necesidad, como hospitalera, apresta un batel para conducirle á la isla de la voluntad donde se levanta un hospital. El poeta se encuentra en el patio de ignorancia, y al revelarle á su guía los deseos que tiene de ver el interior de esta caja de reclusion, esta le confía el báculo de la discrecion, sin el cual se veria en inminente peligro. Encara con el médico silencio, y comparecen á su vista el sufrimiento rector, el propio parecer confesor, el melindre limosnero, el discreto lenguaje fiscal, el no faltará dispensero, y el tiempo mal cocinero á quienes permiten el paso los porteros, descuido y poca saber.

Luis Hurtado recorre el Hospital de necios, y observa las salas de varones, de casados, de cortesanos, de letrados y eclesiásticos, de oficiales y de villanos, así como la sala de mujeres donde se encuentran doncellas, casadas, viudas, beatas, monjas, terceras y mundanas. Sus descripciones, á pesar de abundar en incorrecciones y redundancias, no se apartan de la sátira filosófica que emplea el poeta contra las frívolas vanidades de su época. Ya sea entre los varones ó entre las hembras, en la sala de casados ó de mundanas, presentaba como incurable y contagiosa la enfermedad de los necios. Nuestros lectores reconocerán en los siguientes fragmentos de este tratado la verdad y exactitud de nuestros juicios.

Que aunque aquesta enfermedad (la de los necios)  
no es posible sanar della

es necesario ponella  
donde su peste y maldad  
no enjendré mas mal con ella.

(Divisios.)

Con cauterios encendidos  
en los ojos y en la boca  
el cirujano les toca, (se refiere á los necios.)  
y también en los oídos;  
mas dábales salud poca,  
porque su mal de cualquiera  
era de suerte y manera  
que en la lengua se veía  
y á la boca les salía  
como enfermedad lijera.

(Icen.)

Que al necio no ha de hazer  
el alma mas bien ni mal  
que hace al puerco la sal  
para no se corromper.

(SALA DE VARONES.)

Cuando el necio habla, yerra,  
por lo cual torna á enfermar,  
y aun descubre con callar  
sus faltas, pues hace guerra  
con malicias y pesar,  
y es malicioso sin freno,  
como el vaso de agua lleno  
que de ceniza henchido  
el agua no se ha vertido;  
ni el necio vacia su seno.

(Icen.)

De la escriptura me acuerdo  
que dice que en un arado  
no sea el asno y buey atado,  
ni menos el necio y cuerdo  
deben comer un bocado;  
y en Atenas se temia  
cuando el sabio merecia  
la muerte pública y fiera:  
un necio el verdago era  
y la espada su porfia.

(SALA DE CASADOS.)

Que el necio no puede ser  
remediado con saber,  
porque pensando es scienta  
no procura de aprender;  
que si estudia es comparado  
al que al sol mucho ha mirado  
teniendo alguna ceguera  
que le queda muy entera,  
y así es el necio letrado.

Si en alguna fantasia  
se funda, queda tan tieso  
que no habrá discreto seso  
que le ponga en otra via  
y así sigue su proceso:  
porq' es á la piedra igual  
que parece pedernal  
y es de otra generacion  
que aunque toque el eslabon  
no da de lumbre señal.

Y si al necio amenazais  
es lijero de forzar

y malo de porfiar,  
que piensas si le regis  
que le queréis engañar:  
conviene ser respondido,  
castigado y corregido,  
porque no piense q' se ha  
y de necio no se alaba  
que quedastes del venicio.

(SALA DE LETRADOS Y ECLESIASTICOS.)

Que mas puede preguntar  
un necio sin acertar  
que cien sabios responder,  
porq' el necio dice luego  
lo que sabe, tuerto ó ciego,  
y el cuerdo á su tiempo muestra  
lo que esperiencia muestra  
ha guisado con su fuego.

(SALA DE OFICIALES.)

Un mote vi que decía:  
en piedra yerba no nace,  
ni en el hombre necio yace  
sciencia ni filosofía,  
antes como bestia pare:  
que si se pierde el prudente  
su caída no se siente,  
que desciende y sube luego  
como cuando baja el fuego,  
y el necio cae de repente.

Es peligro descubrir  
á ningún necio el secreto,  
porque le será sujeto  
hasta el fin de su vivir,  
el cuerdo, yo le prometo;  
y mas que el necio fundado  
no sanará por letrado,  
ni por rico ni contento,  
que viene de nacimiento  
este mal desesperado.

(SALA DE VILLANOS.)

Porq' el q' una vez enferma  
yo le aconsejo que duerma, (se refiere al necio.)  
que tarde podrá sanar  
de tal llaga en tierra yerma.

Que el necio no puede amar  
si es necio naturalmente,  
que es para amar impotente.

(MUNDANAS.)

(Continuará.)

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## ANGELO.

(Continuación.)

Ya habia salido de Italia, niño, inocente, corazón puro y crédulo, figurándome que el mundo todo era una mansión de ángeles buenos; pensaba que no tendría que decir mas que, tengo sed, y mil brazos se estenderían para acercárme á mis labios la bebida que los refrescase; tengo hambre, y otros mil se disputarían el proporcionarme el alimento; quiero amor, y entonces al escuchar esta palabra mágica, en cada mujer encontraría el cariño de la madre que la muerte me habia arrebatado, y en cada hombre un padre afectuoso, un hermano querido, un cariñoso amigo... ¿Y ahora?—Ahora volvía con el escepticismo y el dolor en el corazón, despreciando la religión que mi madre me habia enseñado á venerar.

Panelaré en Italia en la estación del verano. Al contemplar el puro brillo de su cielo, los lusques de araujos y palmeras, que cubren las risueñas costas de su mar; al escuchar los cantos de los labradores; al ver las voluptuosas danzas de la siega acompañadas de los roncós golpes del pandero, y á las que la robustez de los jóvenes, la indescriptible ligereza de las filletas, con sus airoso y elegantes trajes dan un carácter tan fantástico; al admirar todo esto me dije:—Aquí, aquí es el paraíso de las buenas almas; es imposible que bajo un cielo tan puro, y en donde la naturaleza se muestra tan seductora, existan corazones perversos.

—Suelo, esclamé, suelo que oiste mi primer vagido y que sorprendiste mi primer sonrisa; suelo en donde yacen los restos de la que fué mi madre, recibe á tu hijo benignamente, que en tu seno encuentra la felicidad tan ansiada; que en tu seno halle un corazón que me comprenda, una mano de amigo que estrechar, y al fin de mi vida una tumba ignorada cubierta con el azulado manto de los cielos, y regada tan solo por lágrimas queridas. En lo alto de una colina, descenso de los Alpes, hay un pequeño pueblecillo alfombrado de risueñas campiñas, sombreado por humerosos y palmeras, y cuyos hordes lamen suavemente las olas de un mar siempre tranquilo.—Se compone de una veintena de casas; una pequeña iglesia, cuyo campanario coronado por una cruz de hierro descubren á los lejos los pescadores desde el fondo de sus barcas; á esta iglesia se halla pegado por la parte que domina al mar el presbiterio, y á esto un cementerio reducido, oculo á las miradas de los profanos por una blanca tapia.

En este pueblecillo me detuve algunos dias porque me sentía algo enfermo. Por las tardes venía á visitarme á la casa en que me habia hospedado el sacerdote que lo regia.—Era un anciano de un semblante en que la gravedad y la dulzura se hallaban confundidas; su mirada era profunda, y con ella parecía leer en los corazones humanos; sus blancos cabellos formaban alrededor de su frente como una de esas aureolas de plata que rodean la cabeza de algunas imágenes. Este médico de las almas curaba también las enfermedades del cuerpo. Me preparó por sí mismo algunos medicamentos y refrescos; pero habiendo notado que una verdadera y peligrosa enfermedad residía en mi alma, procuró que nuestra conversacion versase sobre la religión cristiana, y habiéndole respondido yo con una franqueza expansiva, aquel anciano venerable comenzó á exhalar gemidos de dolor, cogió una de mis manos entre las suyas, y estrechándolas amorosamente, me rogó con copiosas lágrimas le contase la historia de mi vida, empleando la misma franqueza de que habia usado antes.

Le conté como á vos el abandono en que me habia dejado la muerte de mi madre; la frialdad y el rigor con que me acogieron mis tutores; las expresiones injuriosas que continuamente oía sobre mi nacimiento; mi genio veleidoso, la ninguna simpatía que habia encontrado en todas las personas que habia conocido; le conté también mi inocente amor á Wilna, su pronta muerte, mis viajes, las impresiones que en ellos habian recibido, mi desprecio hacia la religión cristiana, mis dudas sobre la existencia de Dios, y en fin le manifesté claramente todos los secretos de mi alma.

Concluí mi narracion, el anciano se levantó gravemente, y sin dejar de estrechar mi mano, me arrastró hasta el hueco de una ventana desde donde se descubria el mar y la campiña, el mas bello panorama que hayan contemplado los ojos de los mortales. Era ese momento misterioso la hora del crepúsculo, en que el sol acaba de ocultarse á nuestra vista, para ir á alumbrar otras regiones; aun á lo lejos se perfilan algunas nubes doradas por sus reflejos, que coronan los bosques de palmeras, que mecián armoniosamente sus enlazadas ramas. La luna con su acompañamiento de estrellas, saliendo del seno de las ondas, remontaba por el azul del cielo su curso majestuoso; las velas de las barcas teñidas de plata por sus rayos y balauzadas por el soplo de la brisa nocturna, parecían una tropa de blancos pájaros marinos; las gotas de agua que se escapaban de los remos, brillaban como diamantes suspendidos por un hilo invisible. Los cantos monótonos de los pescadores, los trinos de los pájaros que despedían al día, los quejidos de las olas al morir en las riberas, el mugido de los bueyes, el valido de las ovejas y los vibrantes y pausados golpes de la campana de la iglesia que señalaba la hora de las ánimas, formaban la orquesta de tan majestuoso teatro.

El rostro de aquel venerable sacerdote se revistió en aquel momento de una gravedad imponente; su frente, sobre la que venía á morir un rayo de la luna, parecía brillar con el fuego de la inspiracion divina; y con una voz pausada y vigorosa exclamó así:

—Decidme, joven desgraciado, á la vista de ese globo de fuego que se oculta á nuestras miradas para regocijarse con su lumbré á otros países; á la vista de ese astro de apacibles destellos y de las innumerales estrellas de que se halla tachonado ese inmenso dosel de la naturaleza, ese cielo azulado, pequeño pliegue del manto con que el Señor oculta su morada; al escuchar el armonioso y universal concierto con que ese mar, esos bosques, esas ares y esos ganados proclaman

su eterna omnipotencia; al contemplar todo esto, repito, ¿vuestra corazón podrá dudar de la existencia de un Dios? ¡Ah joven infeliz! no es en los libros dictados por las pasiones de los hombres donde se aprende á conocer la grandeza y existencia del Eterno, sino en las páginas elevadas de esa obra llamada naturaleza. Si, joven; preguntad á la mas humilde flor de las praderas á quien envía los deliciosos aromas que exhala; preguntad al fogoso lom á quien saluda con sus mugidos; preguntad á la reina de las aves que remonta su vuelo hasta el fondo de las nubes, y contempla al sol en todo su esplendor, á quien admira en los espacios que recorre, y todos, todos os responderán conformes que al Dios omnipotente que rige el universo. En cuanto á vuestro desprecio á la religion cristiana, ¡cuán insensato fuisteis! ¡cuán infortunado os habeis hecho con no haber venerado sus máximas divinas! ¿Por qué, hijo mio, no habeis confiado en esa religion celestial, que hace que todos nos consideremos como hijos predilectos de un padre siempre cariñoso, y que nos enseña á sufrir con nobleza nuestros infortunios? Vos, hambriento de amor y de ternura, ¿por qué no habeis confiado en esa religion que es la religion de todos los que padecen? ¿por qué no habeis encerrado en vuestra alma la esperanza que ella proclama como una virtud divina, y con la que fortalecen en corazón los desdichados? ¿Por qué, hijo mio, abandonasteis esa religion que fué tambien la religion de vuestra madre? ¡Ah! vos que recordais con tanto placer los momentos en que ella os enseñaba á rugar por todos los que lloran sumidos en el infortunio, por todos los que padecen persecuciones injustas, por los caminantes extraviados, por los que se hallan entregados á la terrible furia de los mares, considerad que en este mismo instante esa religion divina abre los labios de millones de seres que ruegan al Señor por que se aplaquen todas vuestras desdichas. Si; la religion que inspira estos sentimientos solo puede venir de lo alto de los cielos. Volved, joven desdichado, volved al seno de la religion de Cristo, y no desesperareis creyendo en sus palabras de encontrar corazones compasivos que os amen, que lloren cuando vos llores, y que se regocijen con vuestras alegrías. Volved á la religion de vuestra madre, cuyas cenizas se conmovieron de gozo en el fondo de la tumba, y os persuadiréis de que es imposible que lo mas puro que depositó el Señor en nuestros corazones, el amor á nuestros semejantes, se evapore y apague bajo el hielo de la inercia.

Estas y otras mil palabras pronunciadas por aquel respetable sacerdote, resonaron en mi corazón despertando un mundo entero de ideas apagadas, como las majestuosas armonías del órgano resuenan en los templos despertando los ecos adormidos en sus bóvedas. Verti copiosas lágrimas, y tal cúmulo de emociones sentía, que enmudecieron mis labios, y me faltaron palabras para responderle. — ¡Ah! ¿qué nuevos sentimientos se despertaron en mi alma! ¿Cómo habian estado tanto tiempo mis ojos cerrados á la luz? Ahora iba á nadar en un inmenso mar de amor, de delicias, de alegría. Todos los desgraciados iban á ser mis hermanos, y vertiendo en sus almas el bálsamo del consuelo, me lo retribuían ellos igualmente; penetraba en las chozas de los pobres, y derramando en ellas la abundancia de que yo gozaba, sus habitantes me pagarian con ese tan leve favor con un tesoro de agradecimiento y de cariño; allí encontraría jóvenes hermosas y puras y tiernos compañeros... ¡Dios mio, Dios mio! ¿Cómo habian estado tanto tiempo mis ojos cerrados á la luz?

Me arrojé á las plantas de aquel anciano sacerdote y le rogué implorante del que le habia concedido la facultad de atar y desatar el perdón de mis culpas, y me concediese la gracia de perseverar hasta el sepulcro en aquella religion celestial, que él habia venido á sellar con su divina sangre.

Desde entonces dejé de ser tan desgraciado; y la esperanza precursora de la felicidad, penetró en mi corazón. Me propuse pues pasar la estrocion del verano en aquel delicioso pueblo. Habia contraido relaciones con casi todos sus habitantes; acompañaba á la pesca á los viejos pescadores; asistia con los labradores á la recoleccion de las cosechas y á las alegres fiestas que siguen á la vendimia; ó recorría los sitios mas pintorescos acompañado del viejo sacerdote y de su hija adoptiva.

Figurase una joven, de quince años de edad, alta y de un talle tan esbelto y flexible como un junco, de un rostro verdaderamente italiano, tostado por el sol abrasador del país, de ojos grandes, negros y rugados, á través de los cuales podría leerse en el fondo de su alma, como se observa en el fondo de un lago, á través de sus ondas cristalinas; de cabellos tan negros como las alas del cuervo, los cuales cubiertos con la zimarra toca italiana, se hallaban rizados y vueltos hácia ambos lados; de una frente espaciosa, como los peinados de las estatuas griegas. El á todo esto ahabía una voz lenta y melodiosa que sonaba en mis oídos como las gotas de agua que se filtran una á una en el hueco de una roca, tendreis el verdadero retrato de la hija adoptiva de aquel buen sacerdote. — Eleonora era el ángel bueno de todos los desdichados del país. Cuando habia en él algún enfermo pobre, Eleonora introducia la alegría en el seno de su familia, proporcionándole los ali-

mentos de que su miseria no le habiera permitido gozar. — Ella veñaba á la cabecera de sus lechos con el cariño de una hija tierna ó de una buena hermana: ella enseñaba á coser y á bordar á sus jóvenes compañeras; ella les enseñaba á tejer hermosas guirnaldas para adornarse en los bailes y en las danzas; en fin, donde Eleonora penetraba, ninguna persona quedaba sin consuelo. La primera vez que mis ojos vieron tan hermosa criatura, sentada en el banco saliente de un pequeño balcón, sombreado por las ramas de un laurel, casi unas pequeñas mantillas para cubrir el hijo que una pobre muger traia en su seno.

Desde entonces no fué sola Eleonora á derramar el consuelo y la abundancia en las familias: yo la acompañaba ordinariamente en todas sus caritativas faenas; enseñaba á leer y á escribir á una puerca de pobres niñas; cuando á algun necesitado labrador se le morían ó extravahaban sus ganados, mis ahorros pronto le proporcionaban el placer de poseer otros; regalaba á los viejos pescadores gruesos galanes para abrigarse en tiempo de la lluvia, y cuando las mareas destrozaban sus barcas, yo era el que sufragaba los gastos de la composicion. En fin, aquellas pobres gentes me adoraban ya como á su Dios, como pudieran adorar á Eleonora.

¡Cuántas veces la ayudé á formar hermosos ramos de flores cogidas en el jardín del presbiterio para adornar con ellas los altares! (Cuántas veces mientras que ella bordaba, sentada en el balcón de que ya os hablé y acompañada de la vieja Beatrice, su ama de gobierno, la leia yo obras religiosas é inocentes que embelesaban nuestras almas). — Allí pasaron las horas mas felices de mi vida; allí las páginas de aquellos libros haciendo salir el rubor á nuestros rostros, nos revelaron el secreto de nuestra mútua pasion. ¡Ah! ¡con cuánta franqueza me confesó su amor, y yo con cuánto fuego la dije que sin duda era el ángel que los cielos me enviaban para labrar la ventura de mis días!...

Pero ¡ay amigo mio! en los decretos del destino estaba sin duda escrito que todas las personas que me fuesen queridas, debiera arrebatárlas la muerte de mi lado. Cuando su anciano padre habia ya consentido en nuestra union, una enfermedad dolorosa vino á desbaratar para siempre nuestra dicha. Como una ráfaga lórtica que sintiéndose mortalmente herida medula sus últimos ardores á su amante inconsolable, así ella en el colmo de sus padecimientos, por no entristecerme con sus ayes, se ponía á entonar algunas canciones alegres, á las que en vano intentaba prestar animacion, pues sus sonos solo me revelaban mas hondamente su dolor.

Los habitantes del pueblo, y especialmente los mas necesitados, lloraron amargamente al saber los progresos que la enfermedad hacía en su ángel tutelar; las jóvenes encendieron lámparas delante de la Madonna para que no las arrebatase su hermosa compañera, y pronto fueron despojarse de sus mejores adornos y abandonar por un año sus danzas y sus bailes, si la Madonna escuchaba sus súplicas; pero todo fué en vano, todo.

Una noche por fin se aumentaron horribilmente sus padecimientos: el brillo de sus ojos se apagó, y el fresco tinte de rosa huyó de sus mejillas y sus labios. Los ángeles se hallaban ya á la cabecera de su lecho para conducir su alma al cielo. Su padre adoptivo mandó tocar la campana para anunciar á la poblacion que rogase al Eterno por aquella hermosa criatura que iba á abandonar este mundo. Todos, hombres y mugeres, niños y ancianos, corrieron á la iglesia á arrojarse á los pies de los altares.

Ángelo suspendió algunos momentos su narracion para enjugar las copiosas lágrimas que inundaban su rostro, y luego continuó:

(Concluido.)

ARCILLANO VALDES.

## DE MADRID AL CIELO.

Ante el trono de Dios llegó un enviado  
Con mas follas encima que pelotá;  
Y el alma por mil partes sucia y rota  
Con el continuo roce del pecado.

El Soberano Juez miróle airado,  
Y el pecador, sintiendo su derrota,  
Echó á temblar, sudando cada gota.  
Como un piñon, y dijo atribulado:

« Señor, ¿por qué? Mi culpa es conocida;  
Pero viví en Madrid sin una llana  
Los tres últimos años de mi vida.

— ¡Casta!... repuso Dios; del cielo branta  
La puerta tienes; que en un piñon eterno  
Naciste del purgatorio va al infierno.

F. J. OBELLASA.